AÑO I—TOMO II JULIO 10 DE 1900 NÚMERO 13

La Revista

DIRECTOR: **Julio HERRERA Y REISSIG**

ADMINISTRACIÓN DE "LA REVISTA"
Cámaras 96.—Montevideo

SUMARIO

(COLABORACIÓN INÉDITA)

SECCIÓN DE LITERATURA

FRANCISCO G. VALLARINO . . . . La Marsellesa 529
PEDRO J. NAÓN . . . . . Agua Fuerte 538
JULIO HERRERA Y REISSIG . . . . Nivosa 539
JUAN PICÓN OLAONDO . . . . . Las Golondrinas 541
MAX SOTOLTALL . . . . . Longinos 547
CÁRLOS H. MATA. . . . . El departamento de máquinas. 548
FRANCISCO MOSTAJO (Peruano) . . Estrofas. 555

SECCIÓN MILITAR

PEDRO PÉREZ (subteniente) . . . . Recuerdos de la guerra . . . 558
DE LA REDACCIÓN . . . . . Notas de Redacción 559

MONTEVIDEO
IMPRENTA «EL SIGLO ILUSTRADO», CALLE 18 DE JULIO NÚM. 23
1900

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.° 13 | Montevideo, Julio 10 de 1900 | TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

«LA MARSELLESA»

Aún no había cumplido once años, cuando una melancolía profundamente tierna se apoderó de Luis.

Aquella viveza de sus ojos garzos que difundieran tanta animación por su bella faz pálida, perdieron, á partir de cierto día, su clara limpidez.

Un ardiente frenesí, una ansiedad extraña, lo absorbían por completo, empalideciendo sus risueñas ilusiones floreciendo en eterna Primavera.

Un absoluto ensimismamiento lo alejaba de sus buenos amigos, buscando ansioso la soledad. Allí lo postraba una meditación impropia de su corta edad, levantando á intervalos su hermosa cabeza de ondulantes cabellos castaños, perdida su entreabierta mirada en la inmensidad del cielo. Entonces, poseído de una sensación profundamente tierna, tarareaba la «Marsellesa» para quedar nuevamente abstraído.

Solamente con uno de sus amigos mostrábase menos huraño. Alberto, un buen muchacho siempre alegre y decidor, sorprendióle cierto día enternecido con su música predilecta y con su volubilidad característica hízole coro; desde entonces, cobróle particular afecto.

Con frecuencia, en las pláticas ó juegos propios de sus infantiles años, Luis, interrumpía á su amable amigo, posábase de su brazo y lo invitaba á cantar la «Marsellesa», paseando por los enarenados senderos del jardín.

Alberto, que se daba cuenta de la alegría producida en Luis con tales entretenimientos filarmónicos, lo secundaba gustoso, llegando, en su vehemencia, hasta hacer intervenir como platillos sus diminutas manos, acompañamiento que él juzgaba imprescindible para la mejor armonía del canto.

Después se separaban, despedíanse hasta la mañana del día inmediato en que se verían en la escuela. De este modo se deslizaba el tiempo acentuándose en Luis la palidez de su bello rostro.

Él, disimulaba cuidadosamente ante los demás, la causa de su preocupación.

¡A su edad era tan ridículo lo que le pasaba!

Y sólo era feliz cuando de regreso de la escuela en que hechos sus deberes y libre de la censura maternal, bajaba al jardín encerrado á los fondos de la casa; en esa hora de la tarde en que el cielo extiende exóticos mirajes y las flores, de suprema limpidez nítida, parecen participar, al sonreír, del repbso en triunfo; cuando los efluvios voluptuosos que impregnan la atmósfera van agotando, entumeciendo la luz del día agonizante.

Entonces evocaba en su mente la imagen de la hermosa niña que conociera días pasados en el paseo efectuado en compañía de sus padres, á Colón.

Era una fiesta que se verificaba muy de tarde en tarde: una vez por año, á lo sumo. Reuníanse á ellos dos ó tres familias amigas é impreso en los semblante el gozo que rebosaba de todos los pechos, partían formando un conjunto pintoresco y animado. ¡Oh! era un gran paseo que se recordaba por mucho tiempo en los hogares de la concurrencia.

Y en indolente postura, siempre abstraído, complacíase en renovar por medio del recuerdo, las emociones experimentadas en aquel gran día.

Era una hermosa mañana en que el oxigenado ambiente trasparentaba el intenso azul del cielo.

Mientras se encaminaba con sus padres á la estación, acudían en tropel á su mente los diversos juegos que durante ese dichoso día iba á apurar con sus buenos amiguitos, que de seguro ya esperábanle impacientes.

¡Oh! á no dudarlo, se divertiría mucho!

Fué un brusco despertar, allá en la estación, al ver á sus pequeños camaradas corriendo hacia él con toda la alegre efusión de que se hallaban poseídos, arremolinando en su derredor la mímica animada de los saludos.

FRANCISCO G. VALLARINO

Él, abrazándolos, dirigióse con ellos hacia el grupo que formaban las personas con quienes ya compartían sus padres.

Por un instante los matices abigarrados y pintorescos de los vestidos de las señoras y de las niñas girando alrededor de los hombres, semejaron chorros de colores salpicando el tono oscuro de los trajes como pretendiendo ahogar esa nota inarmónica de la fiesta.

De pronto, Luis. distinguió entre el tumulto á Emilia, una niña que contaba, á lo sumo, diez años de edad; una preciosa rubiecita, realzada por una capota roja y un vestido del mismo color. Unía

una esbeltez insuperable á su cuerpo aquel vestidito plegado, que ceñido en la cintura caía ensanchándose elegantemente hasta el ruedo.

Al verla, allí, por vez primera, bella, sonriente, en medio de la alegría que lo embargaba, experimentó una sensación hasta entonces desconocida. ¡Oh! fué un inmenso cariño que nació espontáneo y que debía perdurar por mucho tiempo!

Su primer impulso fué acercársele, hablarla, pero una insólita cortedad se apoderó de él. Ante ella, hallóse de pronto cohibido, y asomando el rubor á su rostro, fué á ocultar su bochorno entre la barahunda infantil que ya encontraba pequeño para sus juegos, el largo andén de la estación.

El silbato de la locomotora anunció la partida, y grandes y chicos treparon al vagón. Bien pronto dominaba en él la charla de los niños. Los padres sonreían satisfechos ante el bienestar que animaba á aquellas caritas: ellos no exigían otra cosa: eran tan felices ver recompensados sus desvelos con la tierna alegría de sus pequeñuelos!

Una que otra reprensión maternal alcanzaba acallar tanta algarabía, pero luego, como si esa coacción fuera un poderoso estímulo, desbordábase más intenso el bullicio, dominándolo todo nuevamente, hasta el punto de llegar desmayado, como un débil quejido, el agudo silbato de la locomotora, que, como interpretando los deseos de todos, los conducía aceleradamente al término del viaje: al campo reverdecido empapado de savia y titilando en la ebriedad de una luz resplandeciente.

Más tarde, al mediodía, los comensales rodeaban una mesa opíparamente servida.

El comedor revestía una sencillez encantadora. Aquellas paredes de una blancura inmaculada formaban un agradable contraste con el rojo embaldosado del piso, esparciendo en todos los espíritus la frescura de una alegría sin límites. Era un bienestar inmenso manifestado por todos sin reparo. Las palabras poseían un timbre simpáticamente sonoro surgiendo de aquellos pechos entregados á la más franca expansión y oxigenados de continuo por el perfumado ambiente colándose en frescas bocanadas por los amplios ventanales de la pieza. En tanto la nota infantil, allá en el extremo de la

amplia mesa, tenía *increscendos* aturdidores. Debido á una oportuna disposición de las señoras se había colocado aquel ejército bullicioso á una prudencial distancia, cupiéndole á Luis llenar su sitio, en el lado de la mesa opuesto al que ocupaba Emilia, hallándose de esta manera, casi frente por frente uno del otro. Gracias á esta colocación, Luis disimulaba libremente sus miradas hacia Emilia, viéndose así enaltecida la veracidad de aquel dicho de Byron: de que el amor al nacer aprende á ser hipócrita.

Allí, en la amplia mesa, cuyo mantel semejara una blanca página en la que el dios Pan imprimía los caracteres de una vital alegría, un cupidillo aéreo y sonrosado revoloteaba en torno de Luis apresurando los latidos de su pecho.

Él, experimentaba la fruición de un supremo deleite ante aquella preciosa niña, en cuya faz, los azulados ojos, bajo la apoteosis de aquellos blondos cabellos de oro, semejaban dos manchas de cielo entibiadas por un sol deshecho en raudales de finas hebras rubias. ¡Oh! producíale la indolente voluptuosidad de un adormecimiento, aquel deleite hasta entonces jamás sentido.

En su mente, excitada con las nuevas emociones que agitaban su pecho, se abrían nuevos horizontes para dar cabida á nuevas ideas, que faltas de consistencia, se disgregaban al pretender vagamente sintetizarlas.

Y entregado á sus divagaciones impensadamente pasaba á psicologar sobre su estado de ánimo.

Ahora se daba cuenta de que al encaminarse de la estación de la Villa, allí, á la casa donde se hallaban, él fué el único que no participó de aquella loca alegría que manifestara la concurrencia ante campo lleno de luz. Recordaba, asimismo, que había escuchado complacido pero sin inmiscuirse, á la charla que los chicos de su edad sostuvieran con los pequeñuelos, que embelesados, abrían tamaña boca ante la promesa formal de ser obsequiados con corderitos de todos los matices!..

El deseo de agradar lo violentaba; quería aparecer ante aquella niña todo un caballerito formal afectando en sus más mínimos movimientos una distinción de modales que resentían todo su ser, extrañado de este nuevo yugo que de tan estrecha manera lo encadenaba. Y mientras comía, la esperanza de poder hablarla, de

permanecer junto á ella toda aquella tarde producíale una inmensa emoción, resbalando por su cuerpo en un suave cosquilleo, á un tiempo, voluptuoso y cruel.

¡Si se atrevería!.. ¡Se hallaba tan cohibido!.. ¡Oh, jamás dejaría de ser un tonto!

Y se martirizaba, al propio tiempo, recordando la timidez que manifestara aquella mañana al verla tan hermosa.

Por otra parte el temor de que la graciosa sonrisa que constantemente traveseara en aquellos labios encarnados, pudiera trocarse en una franca carcajada al decirla sus primeras frases de cariño, lo desconcertaba.

Y la veía allí, radiante, compartiendo animadamente con sus amiguitas, encendiéndosele, á medida que conversaba, aquel expresivo rostro cuyas mejillas parecían dos fresas sazonadas.

¡Oh, pasaron veloces las horas del almuerzo, de extática contemplación!

Luego cuando los concurrentes decidieron tomar el te al aire libre, arrellenados en los bancos que se diseminaban en la penumbra proyectada por unos árboles que parecían erguirse erectos al contacto de aquella atmósfera cariñosamente tibia, él creyó tener la dicha de hablarla.

Mas fué vano su intento; una maldita emoción que le anudaba la garganta le impidió articular una sola frase... Ahora, indispuesto consigo mismo veía alejarse el grupo infantil que corría ávido de expansión hacia la inmensidad del campo, dudando entre permanecer al lado de la niña que tan locamente lo cautivara ó reunirse á sus amigos: hesitó un instante, pero luego, haciendo un esfuerzo consiguió desprenderse de aquella fascinación ejercida por ella y en un arrebato de expansión fisiológica echó á correr en pos de sus alegres camaradas.

Allá lejos, entre breñas y matorrales, envuelto en la caricia de aquel sol de Septiembre esa tarde dichosa suelta á su expansión. Sus miembros casi entumecidos por los lazos invisibles que lo estrecharan hasta entonces, se desenvolvían libremente, desperezando en un agradable bienestar fisiológico ejercitándose con exagerada fruición en sus juegos y locas carreras por el césped.

Se sucedieron presurosas las horas de aquella tarde de jolgorio

en que resultaron víctimas expiatorias de la infantil alegría los vistosos pajarillos, esos parlanchines de la agreste soledad, caídos muchos de ellos á los certeros golpes de los proyectiles arrojados por aquellos divertidos arrapiezos.

No decaía un instante la animación entre aquel hermoso grupo de niños cuando el sol bajaba somnoliento allende el horizonte.

Se aproximaba la hora del regreso.

Las criadas aparecieron anunciando el momento de la marcha. Aquello les parecía inverosímil; ¿cómo, tan pronto había transcurrido la tarde? ¡No podía ser!.. Ellos no se irían aún; ¡qué diablos! Pero, poco á poco, fuese entibiando aquel ardiente entusiasmo de locas correrías por el campo ante la lluvia de vivas amonestaciones de las criadas, que sólo avinagrando sus gestos consiguieron encaminarlos hacia la casa...

Un observador hubiese podido notar que Luis era el único de aquellos niños que experimentaba menos pesar abandonando aquel paraje. Él, ante el llamado de las criadas sintió renacer en su alma la imagen de Emilia. Ahora, confortado por la expansión de toda aquella tarde se sentía otro ser: le hablaría; y animado, gozoso, se encaminaba ebrio de esperanza hacia la casa semi-oculta en la arborescente frondosidad.

Llegaron. Mientras las señoras daban su último vistazo á los preparativos de las criadas que afanosas cerraban las canastas repletas de frutas y de flores, niñas y niños partían en un conjunto pintoresco. Comentaban todos á la vez las impresiones de aquel feliz día, alegres, satisfechos, y sin prestarse atención los unos á los otros, destacándose de entre ellos, la adorable silueta de Emilia con su mimosa capota y vestidito rojos resaltando como una mancha vívida y ardiente. Oh! estaba adorable con su rubia cabellera suelta, semejando una aureola luminosa que divinizara aquella faz radiante cuyas mejillas habían adquirido un tinte más de vida con la agitación de toda aquella tarde en el columpio, y triunfando de tanta belleza la ternura de aquellos ojos límpidos y llenos de celestial encanto.

Luis caminaba aproximándose á ella resuelto esta vez á hablarla. ¿Por qué no quebrar con aquella estúpida cortedad? ¿por qué no hablarla con la desenvoltura con que lo hiciera con las demás

niñas? Y, á su lado, febricitante, la miraba frente á frente andando entre la animada compañía de las demás.

Ella, por su parte, parecía comprenderlo todo. Aquella persistencia con que él la mirara durante el almuerzo, habíale despertado cierta curiosidad primero para luego trocarse en un verdadero afecto hacia su tierno admirador. Hasta dos de sus amiguitas que marchaban junto á ella, también parecían comprenderlo todo, lo cual les hacía sonreir maliciosamente. Ahora, ella á su vez, parecía desear que Luis le hablara alentándolo con su expresiva sonrisa.

Y fué allí, próximo á la estación, dónde emocionado se dirigió á Emilia balbuceando unas frases casi sin sentido, acogidas por parte de las chicuelas con sonrisitas picarescas.

Y nada más! ¡Oh, que ridículo, qué vacío le pareció todo aquello!

Y ya próximas al grupo infantil, las mamás abandonaban los brazos de sus maridos y llegaban junto á sus pequeñuelos reteniéndolos á su lado, al ver la locomotora que á la distancia, allá en el recodo de la vía mostrábase majestuosa, aproximándose en un deslizamiento de inflexible imponencia hasta concluir por detenerse, como un monstruo sujeto, á pocos pasos de ellos.

Subieron al vagón. Un instante después la locomotora se deslizaba nuevamente dejando tras sí las blancas casas del pueblo.

Luis á través de la ventanilla miraba la inmensidad del campo, que invadido por la penumbra cada vez más intensa parecía esfumarse bajo una lluvia de polvareda gris.

En su bello y pálido rostro dibujábanse las huellas de melancólica tristeza recordando, tal vez, las emociones experimentadas en aquel día. Y mirando siempre abstraído, la escena que tan hondamente sentía dejar no prestaba atención á las notas, que unos alegres jóvenes que venían en el vagón, arrancaban de sus armoniosos instrumentos acariciando dulcemente los pechos de toda la concurrencia.

Emilia parecía participar también de verdadera tristeza, abandonando aquel paraje tan hermoso durante el día, sofocado ahora por las tinieblas cada vez más crecientes de la noche. Permanecieron así un buen rato, hasta que al prorrumpir nuevamente los instrumentos con los alegres acordes de la «Marsellesa» parecieron despertar, encontrándose de pronto sus miradas.

Oh, en esas postreras miradas de extremosa ternura pareció transparentarse todo un poema de mutuas reconvenciones!

Luis, sentía su pecho enternecido escuchando aquella marcha tan entusiasta y melancólica á la vez, cuyas notas le evocaban la visión de una eterna despedida, un tembloroso agitamiento de pañuelos levantados los brazos en alto! Toda la ternura de su ser acudía á sus pupilas mirando á la hermosa niña que dentro de breves instantes dejaría de ver, quizá, para siempre. Aquella maldita marcha del tren que ahora se le antojaba de una celeridad inaudita, lo indignaba; y ante la próxima separación redoblaba sus miradas hacia Emilia, que negligentemente acomodada en una banqueta azul parecía un ardiente celaje carmesí exornando un pedazo de cielo. A la vez que se sentía sofocado por un tenaz remordimiento recordando la cortedad que le acompañara durante aquel día al hallarse en su presencia, parecía querer grabar, retener en su alma la imagen de aquella adorable criatura, al contemplarla allí, doblemente enternecido escuchando los acordes de la «Marsellesa» que desgranando sus notas entusiastas y melancólicas á la vez evocaban el agitar de pañuelos de un adiós eterno!..

Luego, cuando ya descendidos del vagón asistió á la amable despedida de los concurrentes, un desaliento inmenso se apoderó de Luis. Partió el carruaje y logró divisar aún, envuelta en la llovizna de luz que proyectara un farol, la encantadora silueta de Emilia, andando en un deslizamiento de pasos rítmicos y breves!

¡Oh, esa noche sus lágrimas humedecieron la almohada en que descansó su cabeza afiebrada, sintiendo brotar de su pecho una ansiedad extraña nacida al beso de aquella tierna simpatía!

En los días subsiguientes del paseo, en esa postrer hora de la tarde en que todo languidece, en que á la luz moribunda las flores exhiben su fresca nitidez; cuando el silencio melancólico del crepúsculo visita los rincones más apartados del alma, Luis se dirigía al jardín encerrado á los fondos de la casa, entregándose, allí, al recuerdo de su precoz amor poblado de tiernos encantos. Y enternecido, perdida su entreabierta mirada en la inmensidad del cielo tarareaba la triunfal marcha de Rouget de L'Isle, mezclada en íntimo consorcio al recuerdo de la hermosa niña de blondos cabellos de oro.

¡Oh, esas notas entusiastamente melancólicas que escuchara en los últimos instantes de la triste separación se habían asociado tan estrechamente á la imagen de Emilia que continuamente acudían á sus labios; y oh, sublime espectáculo: esas notas á cuyos acordes se estremeciera la tierra toda surgiendo del exterminio sembrado por doquier las abiertas y potentes alas de la gloria, allí en la placidez del reposo aceleraban los latidos de un pecho joven enternecido ante la sonrisa del primer amor.

Francisco G. Vallarino.

Julio 8 de 1900.

AGUA-FUERTE

A mi hermano, Julio Herrera y Reissig.

El mar, que sacude
Sus olas; que vuelca
Su cándida espuma;
Que cava las peñas;
Que tiembla, que ruge, que canta, que gime,
Que abisma la playa, que corta la niebla;
El mar, que solloza
Sus hondas querellas;
Que en mágicos prismas
Fulgura y se quiebra;
Que forma colinas, que forma montañas,
Que baja, que hierve, que sube, que rueda;
El mar, que se encorva,
Que vibra, que atruena:
Y oculta la tromba
Que se alza y revienta:
No tiene más fondo,
No tiene más fuerza;
No tiene más himnos, ni más tempestades,
Que mi alma que canta, que llora y que tiembla.

Pedro J. Naón,
Argentino.

NIVOSA

Para el brillante escritor
Casimiro Prieto Vadez.

Es noche de Neurastenias. Es una noche de Junio:
Los surtidores derraman plumas, jazmines, burbujas;
Por sus manchas me parece que se ríe el Plenilunio,
Y se me antojan las plantas un ejército de brujas.

Cual procesión de novicias, envueltas en aéreo velo,
Pasan las nubes aladas vertiendo nevado lloro;
Y en el níveo campanario, que es un témpano sonoro,
Hay dos palomas muy blancas que son como hostias del cielo.

Las rocas, como fantasmas, enseñan sus curvos flancos,
Y parecen recostadas en undiván de albo lino;
Yergue el monte su cabeza de gran pontífice albino
Y es el mar un gran cerebro donde bullen versos blancos.

Con niveo tisú se visten las acacias amorosas;
Ostentan los floripondios sus copas de porcelana
En que siempre beberemos, oh, mi púdica sultana
La miel blanca de los nardos y la leche de las rosas.

Todo es blanco; muestra el bosque su gran peinador de seda,
Mil abanicos de nácar y mil ánforas de nidos;
Me parecen las corderas mil *pierrots* que están dormidos,
Y la neblina en el árbol una escala que se enreda.

La gran capital del mármol, y de los sueños, la Grecia
Está en todo lo que es blanco y está en todo lo que es fuerte;
En el fondo de las aguas hay una extraña Venecia,
Y una antártica acuarela de la ciudad de la Muerte.

¡Oh, ven mi blanca querida de los pálidos hastíos;
Chopín y Schubert conversan entre esas muertas blancuras,
Y ejecutan en el bosque la romanza de los fríos,
De las tristes palideces y las blancas hermosuras!

Miro á un lirio que está loco: miro á Ofelia que se aleja:
Miro á un astro que se cae: miro á Safo que se mata:

¡Siéntate al piano, oh, querida, y hazme oir la serenata
Del pelícano en las ondas y del ángel que se queja!

Es la hora del ensueño,
Es la hora del delirio;
Va á celebrarse la danza, sobre un piano marfileño,
De dos blancas azucenas y mil pétalos de lirio.

Todo es blanco, todo es tierno.
En los pechos ateridos de la diosa del invierno
Nieva almíbar coagulada, nieva leche temblorosa,
Y es la luna el sacerdote de las nupcias de una rosa.

¡Ven mi hermosa desposada; son tus senos los altares
En que ofrezco mis querellas:
Son los cisnes en el río como góndolas de azahares,
Y los azahares son perlas de collar de las estrellas!

Esa túnica de bruma,
Que el viento prende ó arranca
Es el peplo de la muerte y es el alma de la espuma
Que sacude sobre el mundo su eucarística ala blanca.

¡Camelia del oceano, va el tímido barquichuelo
Agitando su teristro de ámbar, cera y alabastro,
Y es cual hada misteriosa que alza su enorme pañuelo
Saludando á lo infinito y haciendo señas á un astro!

¡Pálida, virgen, ebúrnea, cándida, mística, santa,
La tierra es un incensario de intacta, inhollada nieve
En donde, trémula y casta, sutil, impoluta y leve,
La niebla, incienso con alas, vuela, gira y se levanta!

¡Ven neurasténica, loca
De mis inviernos de hastío!
Lejos de ti siento frío,
¡Ven neurasténica loca!

Tus ojeras son las flores que te deja el amor mío.
¡Ala, lirio, flor y hostia, gasa, niebla, luz y pluma:
Serán mis dientes los cirios que buscan fuego en tu boca,
Y tus brazos en mi cuerpo dos serpentinas de espuma!

Julio Herrera y Reissig.

LAS GOLONDRINAS

Los dos de una misma edad, rubia ella y moreno él, formaban una pareja deliciosa que causaba la envidia de más de una soltera y el asombro de más de un excéptico. Berthier, el viejo hotelero de Colón, á cuya casa venían á hospedarse durante unas horas, todos los Domingos, les llamaba *Las golondrinas,* porque como estas aves precursoras de la Primavera, sólo le visitaban en la estación de las flores y de los nidos, para luego ahuyentarse de repente tan pronto se hicieran sentir las primeras lluvias; cuando las hojas secas arrastradas por el viento danzan una fúnebre gavota alrededor de los troncos desnudos, en esas tristes puestas de sol de Invierno, en que todo el campo parece hallarse entumecido bajo un cielo brumoso cargado de nubes grises.

¿Quiénes eran ellos? Berthier lo ignoraba; pero alguien habíale dicho que ella era una coqueta modistilla de una elegante *maison* de la calle de Sarandí, y él, un poeta, un soñador, un bohemio enamorado del arte y admirador de la belleza. Y á la verdad que así debiera ser; pues ella, en su elegancia, en su soltura, en sus graciosos aleteos de Duquesita á lo Luis XIV, reunía en su persona todo el aristocrático *chic* de una modistilla parisién; en tanto que él, en sus entusiasmos poéticos, en su grandiosa admiración por la naturaleza, y sobre todo — en ciertos terribles apuros en que más de una vez Berthier había creído observarle al oirle regatear la cuenta ó hacerle dueño de una espléndida propina, — denunciaban al artista pobre, siempre escaso de recursos, pero con todo un mundo de ilusiones allá en el cerebro. Sí, Berta y Luciano no podían ser sino eso. Y Berthier, el viejo hotelero de Colón, les veía llegar á su casa todos los Domingos, en la tibias mañanas de Primavera, corriendo cogidos de las manos por entre las zarzas de los campos incultos, bajo un sol alegre y chispeante. Eran dos auroras; dos soplos de juventud que llevaban consigo el bienestar y la alegría; dos gorriones bulliciosos que se permitían anidar, una vez á la semana, en aquel vetusto caserón de puertas reforzadas por doble ce-

rrojo, de muros amurallados como de fortaleza medioeval, y donde Berthier, débil y pesado, como enmohecidos todos sus movimientos por el enorme peso de su vientre hidrópico, veía deslizarse los últimos años de su vejez monótona.

¡Oh, y cómo se divertían esos domingos, Berta y Luciano! Aquellas escapadas de colegiales, de novios en plena luna de miel, eran realmente deliciosas. Solamente las impresiones del viaje, aquel rápido desfile de cuadros y de perspectivas, bastaba para hacerles felices. Aquella media hora de ferrocarril, aspirando el aire fresco del amanecer que penetraba por las abiertas ventanillas del vagón en marcha; aquel cielo azul, diáfano, sin una nube; aquel sol radiante que cómo tibia caricia calentaba los campos aún humedecidos por el relente; aquí un monte de durazneros en flor; allá, junto á un arroyo, un grupo de vacas azuzadas por un chiquillo descalzo; más allá, en un ligero declive del terreno, entre los surcos de la tierra removida y esponjosa, un buey gordo y cachaciento arrastrando pesadamente, con sajónica gravedad, el arado; todo, todo esto, les arrancaba á cada instante nuevas exclamaciones de sorpresa, de gozo, de admiración.

Luego, cuando el tren se detenía junto al andén y una voz por ellos harto conocida, voceaba á sus oídos:—¡Colón! ¡Colón!—entonces, internándose por un sendero angosto y perdido, Berta y Luciano se dirigían hacia lo de Berthier, quien ya en la puerta, les aguardaba. Esta visita era para él pobre viejo motivo de loca expansión. Su rostro, siempre huraño, á la vista de los amantes se alborozaba, pues su presencia le traía á la memoria recuerdos lejanos de su juventud pasada, reminiscencias felices que aún á través del tiempo habían logrado quedar en pie, en medio del derrumbamiento de todo lo demás.

En una habitación clara, con vistas al campo, Berthier les servía el almuerzo, aunque generalmente, para estar más solos, ellos gustaban de almorzar en una encantadora glorieta situada junto al huerto. Y nada más delicioso y á la vez más fresco que aquel apartado cenador invadido en su totalidad por las glicinas y las campánulas. Respirábase allí dentro una frescura, un ambiente de bienestar tan dulce, que los vulgares platos y el aguachento vinillo de Berthier, se les antojaba faisanes aderezados con trufas y exce-

lente Bordeaux. Por entre los pequeños claros del follaje, el sol penetraba muy débilmente, en rubias hebras de luz, trazando inquietos coleópteros de oro sobre el mantel blanco. Creíase estar allí bajo una gruta submarina que las algas y las hierbas de mar hubieran invadido. Las glicinas y las campánulas, trepándose

JUAN PICÓN OLAONDO

por todas partes, tejían por sobre sus cabezas una tupida red de encajes, un espeso cortinado de verdura, bajo el cual todo se coloreaba de un hermoso color verde con irisaciones de nácar. Era aquel un refugio discreto y feliz, hasta donde llegaba, en un repiqueteo alegre, el cristalino golpear de la loza que se lavaba en la cocina.

Y, en esas mañanas de Primavera, ¡cuánta limpidez había en las cosas! El aire estaba resplandeciente, la atmósfera pura, y bajo el cielo azul, de una transparencia radiante, las casitas blancas de Colón, medias ocultas entre el tierno verdor de los árboles, se des-

tacaban con la claridad de toques de acuarela. Luego, á medio día, el aspecto cambiaba. Una voluptuosa somnolencia pesaba sobre el campo adormecido, una paz augusta que sólo el monótono canto de las chicharras solía interrumpir. El cielo, abrasado por el sol tropical de las doce, era de un azul pálido y desteñido; una tenue humareda, un vaho candente y gris, se desprendía de la tierra resquebrajada, y en medio de este ambiente de horno, los árboles, descoloridos, casi blanqueados por aquella claridad ofuscadora, se erguían inmóviles en la campiña muerta, como abrasados por un hálito de pasión salvaje.

Esos días, después del almuerzo, Berta y Luciano esperaban á que pasase la fuerza del calor para irse á vagar por los campos. A pie recorrían distancias considerables, internándose por caminos blancos llenos de polvo, á cuyos lados se extendían grandes viñedos, ó vastas extensiones de tierras incultas donde sólo crecían las hierbas silvestres y los cardales azules. Iban más lejos, perdiéndose en paseos á lo largo del arroyo, desapareciendo, á veces, en ondulaciones bruscas, descubriendo barrancos ocultos donde lagartijas verdes tomaban el sol echadas sobre la arcilla roja. Y así, pasaban la tarde, hasta que la caída del crepúsculo les sorprendía encaminándose entonces á la estación en busca del tren. A esa hora, el paisaje ya se esfumaba. Una bruma ligera, un polvo de lapizlázuli caía del cielo arrebolado, empalideciendo formas y colores. Todo parecía humear bajo la serenidad creciente del crepúsculo.

Sin embargo, cuando hacía luna, Berta y Luciano gustaban de quedarse allí hasta más tarde, hasta las once, hora en que partía para Montevideo el último tren. Esas noches, después de cenar, se lanzaban á nuevas excursiones por el campo, que entonces les parecía mucho más poético, más agradable, más encantador. Eran aquellos unos paseos deliciosos á través de todo Colón adormecido y blanqueado por la luna. Buscando siempre la soledad, se internaban por caminos perdidos, verdaderos senderos de hormigas, angostos, estrechos, casi inexpugnables, que sólo ellos conocían. Caminaban despacio, con lentitud, deslizándose sin ruido por sobre aquella blanda alfombra de verdura que sentían hundirse muellemente bajo sus pies; teniéndose que detener á cada instante para apartar

con las manos algún manojo de ramas que les obstruía el paso, ó bien para extasiarse ante una nueva sorpresa. Y, en la noche silenciosa, bajo la luna blanca, el paisaje era encantador. Techumbres de zinc blanqueaban allá á lo lejos con tonos de plata; un campo de trigo, sesgando el verde-obscuro de las tierras de labor, formaba una mancha pálida, blancuzca, nivosa; mientras mucho más lejos, casi junto al horizonte, un grupo de álamos recortaba el terciopelo azul del cielo, destacando sus gigantes siluetas inmóviles dormidas en la sombra.

Pero lo que más les atraía era un pequeño claro del monte, situado junto al arroyo. Era aquel un rincón delicioso, invadido por vegetaciones locas, un verdadero nido de amor oculto y perfumado. Bajo sus pies, y á poca profundidad, el arroyo se deslizaba mansamente en su lecho de arenas finas, blanqueando entre las grandes masas de obscuridad de sus riberas pobladas de árboles, y en su superficie tersa, límpida, sin una arruga, creíase ver otro cielo azul é igualmente espolvoreado de soles como el que se extendía allá en lo alto. Luego, el silencio era allí tan grande, que en la inmensa quietud que los rodeaba, el lejano rodar de un vehículo, el canto de una rana, el grito de un chajá, llegaba hasta ellos como algo muy aéreo y sutil. En el aire inmóvil, los mil ruidos nocturnos de Colón parecían pulverizarse.

¡Qué noches tan hermosas! Sentados sobre la hierba Luciano recitaba sus versos, mientras Berta apoyaba la cabeza sobre sus hombros. Perfumes de trébol, de alelíes, de flores silvestres, perfumaban el ambiente tibio, en tanto que allá en lo alto, por sobre la orla obscura de los árboles dormidos, la luna llena vertía cascadas de plata. Muchas veces perdidos en aquel agujero del follaje, Berta y Luciano se pasaban horas enteras entregados á muda contemplación. En aquellas noches claras en que las constelaciones tenían mayor brillo, ellos se tumbaban de espaldas sobre el césped verde, para mirar mejor aquella polvareda de soles que hormigueaban, como perdidos, allá en la inmensidad de los espacios. Miraban atentamente, sobrecogidos por aquella nada que venía de lo invisible, sintiéndose estremecer ante aquel espectáculo grandioso y trastornador de lo infinito, y más de una vez, tras una de estas crisis de angustia que se apoderaba de ellos, los dos aman-

tes sentían la necesidad imperiosa de poseerse de nuevo allí, en la amplitud de la tierra, sin más testigo que la luna blanca que parecía mirarles con su faz rugosa.

El regreso á la estación, casi siempre se retardaba, sucediendo cierta noche, que habiéndose entretenido más que de costumbre, cuando llegaron á ella el tren ya había partido. Entonces, como fuera necesario aguardar á la mañana siguiente para ponerse en regreso á Montevideo, fueron á pedir hospedaje á Berthier, quien por suerte tenía en la casa una habitación vacía destinada á huéspedes. Esa noche fuéles preciso á Berta y Luciano pernoctar allí, en aquella habitación de paredes blanqueadas con cal y piso de baldosas, y el percance sucedido les hizo reir tanto, que ya en el lecho y á obscuras, los dos continuaban riendo. Luego, al día siguiente, muy de mañana, una pareja de golondrinas que tenían su nido allá en el tejado, les despertó.

Cuando salieron afuera, parecieron asombrarse; jamás habían madrugado tanto: ¡eran las cinco!

Han pasado algunas primaveras, sin que aquellos felices amantes hallan vuelto á aparecer por casa del viejo Berthier, quien, no obstante, no deja de aguardarles todos los domingos, asomado á la puerta, con su gorro de pieles y el blanco delantal de hilo ajustado al enorme vientre aún más hidrópico.

Muchas veces, á la llegada del tren y entre el animado grupo de *touristes* que se dispersan por los senderos vecinos, él cree reconocerlos en una falda lila ó en un chambergo gris caído al descuido sobre una cabellera negra, artísticamente ensortijada á lo Daudet; pero aquello no es sino una mera visión del pobre Berthier, quien tras breve espectativa, triste y desalentado—¡No son ellos!, exclama. Y así, uno tras otro, van pasando los domingos, hasta que llega otra vez el Invierno, con sus días brumosos, llenos de *spleen*. Y cuando asoma nuevamente la Primavera, cuando los prados comienzan á reverdecer y los trigales reverberan al sol en un mar de espigas de oro, Berthier asomado otra vez al camino, suele preguntarse:—¿Qué se habrá hecho aquella pareja de enamorados, las alegres golondrinas que me visitaban los domingos?..

Luego, cuando el pobre viejo oye por última vez el silbato de la locomotora ya próxima á partir, cuando su débil vista no alcanza á divisar más el níveo penacho de humo que se esfuma allá en lo lejano del horizonte, entre el verdor obscuro de las arboledas, entonces, desalentado y abatido, meditando con tristeza en lo veleidosa que es la suerte:

—¡Quién sabe, exclama; es tan poco durable la felicidad!

Juan Picón Olaondo.

Julio de 1900.

LONGINOS

Para Julio Herrera y Reissig.

Pálido el rostro, la gentil cabeza
Sobre el desnudo pecho reclinada,
Y una sombra infinita de tristeza
En la postrera luz de su mirada.

Es Cristo que agoniza; despiadados
Insultan los verdugos su honda pena,
Mientras unge sus pies ensangrentados
Con sus rubios cabellos, Magdalena.

Son las tres de la tarde y ya su broche
Cierra la sombra, amortiguando el día,
Parece que besar quiere la Noche,
La frente de Jesús en agonía.

Adusto anciano la áspera colina
Logra escalar con paso vacilante;
Rendido al peso de la edad se inclina
Su talle un tiempo altivo y arrogante.

No le turban las sombras; en sus ojos
Puso la noche impenetrable velo;
No le causa terror, ni le da enojos
La amenazante bóveda del cielo.

Con paso lento hacia la cruz avanza,
Ya del arma sacrílega provisto:
Busca, tantea, y la traidora lanza
Hunde en el seno pálido de Cristo.

Mas no siente la sangre que desciende
Su faz tiñendo de matices rojos;
Ve un torrente de luz que se desprende
De la honda herida y llega hasta sus ojos.

Max Sotoltall.

EL DEPARTAMENTO DE MÁQUINAS

Habíamos andado ya varias leguas. Siguiendo siempre las sinuosidades de la costa, que tan pronto se arquea ligeramente como se ensena ó penetra, alargándose en lengua para volver de nuevo á su curso de combas y serpenteos y así en una alternativa sin meta. Los caballos se mostraban un tanto fatigados, tenían los hijares hundidos y palpitantes y grandes manchas de sudor se advertían en los cuellos y en las ancas. El viaje lo continuábamos haciéndolo ya á trote regular, ya tomábamos un galope tranquilo y acompasado, cuando se nos presentaba en el transcurso un retazo plano como una mesa y á nivel del océano pareciendo imposible que éste no lo anegara por completo. Nuestras cabalgaduras iban dejando tras sí varias hileras de marcas de herradura, como un pespunte bordeador que señalara hasta dónde llegaban las oleadas. La arena, á trechos era blanda y fina, en otras partes endurecida, verdadero sábulo, que retumbaba á los golpes de los cascos, siendo esta clase menos deleznable también donde se imprimían mejor las hormas, y como se hallaba donde rompía el mar, no tardaba un instante en borrarlas los cachones en continuados y dulces besoteos.

Hubo un momento en que galopábamos en un buen pedazo de playa que daba una sensible curva. Con el traqueo de la silla que molía las carnes, en contorneo que la gran gambeta de la costa nos obligaba á hacer, luego marchar sin aminorar la carrera, la monó-

tona uniformidad de los tonos, siempre mar y cielo, dunas, y playa era cosa de marear verdaderamente y más al que tenía el aditamento de sentir cansancio, ese entumecimiento y dolor articular que se apodera de uno en los grandes viajes á lomo de caballo, especialmente para los que practican poco la equitación. Contribuía á esta anublación, que no era pasajera, de manera poderosa, el ir marchando tan cerca del mar que los remos de las cabalgaduras cloqueaban el agua. Sucedía á cada rato que un cachón atrevido se adelantaba más que los otros suspirando bajo los animales, para dejar en su bajada, realizada siempre con suma prontitud, bullones de espumas que en seguida desempollábanse al herir las paredes de sus celdillas la brisa de la mañana. Los bazos azotaban el agua con un chás-chás continuado. Los rayos que saltaban profusamente mojaban los aperos de ensillar. El chapoteo terminaba prudencialmente al salir del dominio de la olada, para volverse á repetir más adelante. Tan continuado se fué haciendo esto, que los caballos atontados ó briosos se entreparaban en medio de la marcha, perplejos como si hubieran obedecido á un rápido sofreno de nuestra parte. Cuando no daban asustados un sesgazo imprevisto, bufando, tiesas las orejas, haciéndonos amagar con recia costalada ó un ridículo tamborilazo; á veces tomaban resoluciones tan estúpidas que demostraban palmariamente su embotamiento como el retirarse al dar la espantada en el mismo sentido en que se replegaba la ola causa del amedrentamiento.

Mi compañero, Renato Morales, un paisano joven, talludo, de cara tóstada, de ojos pardos, singularizándolo sobre todo una gran cicatriz de arma blanca en el costado izquierdo del rostro, y que era vecino del paraje por donde caminábamos, no cesaba de decirme que castigara al animal en cuanto se entretuviera. ¡Hay que avivarlo!, continuaba imprimiéndole un énfasis particular á su voz clara y melodiosa. Y seguía muy luego haciéndome paternalmente un cúmulo de sanas advertencias referentes al caballo y á su conducción por la carretera natural de la costa no excepta de riesgos. A fe que estaba á ciegas de todo ello. La playa, bajo su faz aparente de bondad, tenía mil misterios y peligros, que nunca el que no la conozca hubiera podido imaginar. Tan sólo el experimentado, el amamantado en el medio, podía, si no estar á mansalva, á lo menos

en condiciones para contrarrestarlos medianamente. A medidaque andábamos, el paisano los iba enumerando con su gracia innata, con un gracejo de expresión encantador, salpicando su animada cháchara con símiles pintorescos muy bien embutidos. Morales de tan vivaracho pecaba de bulle-bulle. Su clara inteligencia saltaba á la vista de cualquiera y cultivada, despojada de esa broza de la ignorancia supina que la obscurecía, depurada la razón; finamente pulida con el trípode de la instrucción, podría dar chispazos que nunca se producirían en el estado nativo sino con una mínima relatividad. De cuando en cuando me repetía: no se acerque. No se acerque, no se acerque, era su cantinela. Mire que esto es más peligroso de lo que usted cree. Nadie efectivamente me convencía de que el ir marchando por la costa pudiera ofrecer ningún riesgo. Pero él me fué explicando. Hay aquí decía, en sustancia, aunque empleando diferente lenguaje, sitios sumamente peligrosos y traicioneros; existen como en el campo sus tremedales y abismos encubiertos. Acontece á veces que á pasos de donde rompen las olas se encuentran profundidades de pozal, no tiene usted más que fijarse en algunas partes cuando da el retroceso la ola para notar la brusca bajada que tiene la playa. Y me fué contando, al llegar á este punto la conversación, varios casos de jinetes ahogados, ya en un tremedal costero, ya por haber sido arrancados en un chupetón de formidable maretazo. Entonces, como es fácil presumirse, jinete y caballo perecían envueltos y mareados tras un vértigo mayor.

Seguíamos siempre la marcha dejando de galopar al terminar el embolsamiento que hacía la playa. Cuando una nueva ensenada se nos ofrecía á la vista formando con la que habíamos recorrido, como un acicate con los brazos abiertos. El locuaz cicerone no mezquindaba sus interesantes narraciones. Este conocimiento del océano y sus misteriosidades que me revelaba á cada paso mi acompañante, me reforzaba un pensamiento que desde mi llegada á esos parajes me había asaltado diferentes ocasiones. Era éste de que allí el hombre se especializa en dos faenas: en la del campo y en la del mar. Es perito también en uno y otro conocimiento y hasta mucho descuidan del primero con tal de hacerse hombres de playa. Ni más ni menos, tal como sucede en las costas más pobladas de Europa.

Dejamos caminar los caballos, que eran un bayo de gran alzada y de un andar sereno como un coche, y un colorado clinudo y escarceador, á su trote natural. En el trayecto íbamos viendo boyando en la marejada capuchas gelatinosas de hermosos nebelles azules, ó tendidos á lo largo de la playa como un verdadero ejército. Aludiendo á ello me dijo mi acompañante. ¿De esta familia de «bichos» no hay allá por Montevideo? ¿No es? Esta interrogación me fué hecha precisamente cuando me hacía para mis adentros idéntica reflexión. No sé lo que entonces le contesté.

En un recodo entre el desordenado manto de la resaca entre hinojos multicolores y algas marinas, descubrí una estrella de mar de cuerpo seco y amarillento, rodeada de trizas de la hez del carbón, tirado de á bordo, y que las corrientes traen á la playa. Andando más llegamos á un sitio, en el que Morales se apeó para apretar la cincha del caballo que se había corrido á los sobacos. Esta detención sirvió asimismo para dar un resuello á los animales profundamente fatigados. A poco donde efectuamos la parada había un montón de piedras rodadas. Me acerqué sin desmontarme llevando el caballo á paso de buey. En medio de este pedregullo húmedo y exhalando un fuerte olor á mariscos veíanse cantos que el mar en virtud de sus eternas lamidas y jugueteos, les había dado como buen lapidario una casi perfecta redondez, y también gran número de preciosos caracoles entremezclados, de diversas clases y figuras, desde la ordinaria concha de peregrino, en forma de peines, hasta el rico núrice de cuernos quebrados y tan arañado que los matices no poseían su intensidad ingénita. Desde los cono-almirantes y bocinas de agradables colores gateados de sardónica y espinecentes escalarias de singulares dibujos simétricos, hasta las mitras de tintas fuertes con salpicaduras atigradas y en sus bocas con arreboles de púrpura que se funden más adentro en un nácar lechoso de celajes... ¡Oh! también había enredada entre hinojos de mar y sus babas un trozo de cable submarino, un pedazo diminuto si se le compara con el cordón de alambre de imperdurable término, pero que á pesar de su pequeñez desempeñó en la asociación su gran rol al establecer la continuidad de las comunicaciones. ¡Pensar que por esta costa desierta sólo poblada por áridas mamblas de arena en toda su extensión y bajo las ondas verdes en su marrulleo pasa el

hilo monstruo! ¡Que corren por allí á poca distancia las vibraciones que son traducidas en sus estaciones para ser incontinente estampadas en las hojas diarias! ¡En aquellos momentos, cuánta nota sensacional quizás estuviera pasando! ¿Usted mira eso, me dijo el paisano refiriéndose al montón de la resaca? Con su pregunta consiguió distraer mi atención. En seguida prosiguió diciendo con tono despectivo: eso no es nada... Hay que ver lo que yo he recogido, eso sí es curioso, parece mentira, amigo, lo que sale de la mar... Muy pronto nos quedamos callados. Morales montó de nuevo y nos pusimos en marcha sin hablarnos jota por buen rato. Los dos íbamos pensando. El día continuaba anublado. No serían más de las diez de la mañana. El tiempo no tenía buen cariz. Sin embargo, no aparentaba el cielo que se descargara un gran temporal. Acaso si hacía un viento corrían aborregadas una sarta de nubes plomizas, que podían tomarse como presagio de una lluvia inminente, pero no como señales de una gran 'borrasca. El mar se encontraba relativamente tranquilo, las oleadas suspirantes aplastábanse en la playa orladas de espumas, con un tinte delicioso de esmeralda que pasaba en transición á un verde ajenjo cerca de los bordes hilachosos y blancos, blancos como las perlas fundidas de Cleopatra, cuando doblaban gallardas sus crestas en cascatelsa... En todo el horizonte, en todo lo que la vista, en una palabra, podía abarcar, no se veía ni una vela, ni un mástil, ni un caño. Y sólo sentíase el susurro de las olas al fallecer lánguidamente en la playa, y el crujido rítmico de los aperos de montar que nos acompañaba como el traqueo tedioso de un péndulo de reloj. El paisano se puso á hablar, la voz se la apagaba por intervalos la brisa suave, salina y saturada de esa frescura que se percibe mejor antes de descolgarse la lluvia. Me hablaba iniciando otra vez la conversación de las cosas que salían de la mar... Pues sí, amigo, yo tengo recogido mucha maravilla de éste, y señalaba el mar. Le tengo tanto cariño como al campo ó más, y dijo dubitativamente: ¿Quién sabe? Entonces puso una cara picaresca, bonachona y sonriente. Ensayó luego una mueca nerviosa que borró de una manera repentina y siguió esbozando su raciocinio. El mundo es así, sabe, uno por fuerza tiene que criarle cariño á lo que siempre está viendo. Créalo es como el ombú que presta sombra al lado de la casa que

vive con usted al través de los años. ¿Cómo no lo ha de querer? Y á flor de esta interrogación formulada, dándole más carácter convincente á las palabras, continuó espetando. En él es donde se recuesta cansado á la hora de la siesta, donde afirma la argolla para sobar los aparejos de montar, donde se trepa cuando necesita mirar lejos, haciendo de él miradero, bajo sus ramas toma las más de las veces el mate y parte la sandía. Por último, en el tronco escribe la fecha que considera pueda durar más que en la cabezada, ó el nombre de la mujer que se ama. Y todo esto no se puede olvidar á un dos por tres. Siempre recordaré un caso parecido (esto lo citó en corroboración). Teníamos en casa, ahí en Balizas, un barril para el agua. Por mucho tiempo, siendo yo más muchacho, fuí el que lo arrastraba en caballo que todavía, aunque muy viejo, vive aún, para llenarlo en el arroyo. Esa fué una de mis tareas diarias por muchos años. Un día de avejencado, cansado de los remiendos de cuñas y tapones, no quiso saber más de ellos. Mi padre decidió que se rompiera para servir de leña (que duraría seguramente para dos días), pero yo no permití que se hiciera esto con el pobre barril. ¡Va un gusto! dirá usted. Lo desmonté de la cureña y haciéndolo rodar me lo llevé á uno de los galpones y le di sitio en un rincón. Allí muy pronto se cubrió de telarañas que temblaban sin desprenderse cuando el viento marero se colaba por las rendijas. Después vino la revolución. Me enrolé. Terminada ésta, volví al hogar. Noté que faltaba. Creo firmemente que si antes de mi partida se hubieran empecinado en deshacerlo, no sé yo mismo lo que en tal caso habría resuelto por impedirlo. Llegaba á un punto en el que se transparentaba la deducción. Así es que yo criado entre estos médanos, el campo y el mar, tengo razón en profesarle cariño. Para sacarme de aquí para siempre, tienen antes que matarme. Fuí á la guerra, es cierto; aún arrastrándome como culebra después que terminó hubiera vuelto. Soy, sin más ni más, como las conchas esas pegadas en las piedras que tienen que romperles las cáscaras para sacarlas. ¡Salen muertas, pero nunca vivas! Había terminado su peroración, y como viera que enmudecía, le dije: pero en total no me ha dicho nada de lo maravilloso que sale de la mar... de lo que ha encontrado usted por la costa. ¡Bah! ¡Bah! Son un rosario, y comenzó á enumerarlas genéricamente, caracoles rarísimos,

objetos vaciados de barcos, animales con cara de cristianos, etc., etc. En fin, que de todo lo mejor ha sido un aparato diabólico que no he podido averiguar qué oficio tiene. (Seguía expresándose en esencia como ahora reconstruyo). Por saberlo he estado tentado de llevarlo al pueblo donde alguno indudablemente debía conocer el uso á que está destinado, pero unas veces me he puesto en viaje sin acordarme, y otras por pereza de cargar una cosa tan pesada é incómoda la he dejado. Es así del largo de mi brazo. La encontré pasando un día por allí, y señaló para atrás, en donde había acomodado la cincha del caballo. Estaba boca abajo, aun contenía agua entre sus complicados órganos tomados. (Por este amojosamiento infería que el mecanismo debía estar descompuesto). A renglón seguido me explicó después las exterioridades del objeto, el aspecto general de tal aparato, quedándome como quien dice, al final, en ayunas. En su enrevesada jerga, intentó explicarme las partes. Tiene, decía, dos vidrios redondos como espejuelos en el fondo, más abajo una porción de piecitas de cobre y otras de acero como tuercas y ocho ganchitos á cada costado y dos chapitas con letras en inglés...

Se volvió á callar.

Hacía rato que veníamos divisando un estrafalario vehículo que avanzaba hacia nosotros. Cuando llegamos á estar á tiro de fusil, observé que se trataba de un carretón en el más avanzado punto de la vejez; era tirado por dos caballos, dos sacos de huesos, uno de ellos en que montaba el conductor tenía el cuello una pronunciada talpa. Verdad que guardaban con el desvencijado rodado, así macilentos, en la última miseria orgánica, una relación muy digna. No existía el contraste. Los arneses decían muy á las claras sus tradicionales servicios. En las desgarraduras del cuero de las colleras, asomaba la cebada seca que los rellenaba. Las bandas, en los espacios entre vara y vara, eran llenados por una encañizada de chala amarillenta, siendo á la vez reforzada por una trama de cuerdas y varillas de membrillero. El conductor era un muchacho de unos quince años, con cara de genuino bobalicón *ad nativitate*, pálido, anémico, huesoso y trapiento; como para mantenerse mejor en la silla, se prendía con los dedos mayores de sus pies descalzos y mugrientos en el asa de las estriberas.

El sombrero y demás piezas del vestido con los remiendos formaban una curiosa gradación de colores primitivos descompuestos en cambiantes que pasaban del ala de mosca, al verde botella, del sepia al de paja marchita, del color ratón, al del polvillo á rapé. ¿Qué llevas ahí? ¿Seguro que son sandías? le dijo Morales. El muchacho al comprender que se dirigían á él—hizo detener los gachos jamelgos—llagados en el cuerpo por el roce de los arreos. Con voz enflautada, todavía no hirquitallada, respondió humildemente: « No llevamos nada ». En seguida se limpió el moco. Era cierto, dentro del carretón, sólo había una bolsa de arpillera y un madero carcomido por el agua del océano y cargado de anatifas y anemonas de mar, arrugados.

¿Y don Yorda? volvió á preguntarle mi acompañante.—Viene ahí atrás.

Carlos H. Maia.

(Continuará).

ESTROFAS

LEÍDAS EN LA VELADA INAUGURAL DE LA EXPOSICIÓN ORGANIZADA POR LA « SOCIEDAD AGRÍCOLA » Y EL « ATENEO AREQUIPA »

Aún está de pie la cruz
en la cumbre del Calvario,
y en el leño solitario,
la Patria, nuevo Jesús.
Aún encrespona el capuz
la lejanía insegura:
no reina un astro en la altura
ni un incendio en el abismo.
Se ansia y busca el patriotismo
y... ¡se encuentra una negrura!
Nada culmina. Miseria
hay bajo el más puro velo:
¿dónde del águila el vuelo
por la superficie etérea?
Vencido por la materia
el ideal ha rodado:
la victoria han alcanzado
las lentejas de Esaú.
¿Cuál de tus hijos, Perú,
se alza y brilla inmaculado?
A veces el desconsuelo
apodérase del alma:
se mira, y no hay una palma
que denuncie un arroyuelo.
Crece, se expande el anhelo,
y... la realidad no toca:
volando el ave se aloca,
sin arribar á la estrella.
Falta el hombre, hecho centella,
tiene el ala fuerza poca.
Sí, Patria: ¿dónde está el hombre
que, como un faro, se encumbre,

que revele con su lumbre
ruta ignorada, sin nombre?
¿Do el que á los pueblos asombre
y á la América te imponga?
No se alza aún.... Se prolonga
la era infecunda ¡era triste!
Ya ningún Pardo subsiste,
Moisés que avante se ponga.
Y el desmayo no es sociego
que torne el vigor al alma.
En un cadáver no hay calma:
falta de la vida el fuego.
Siempre el aluvión es riego
y podredumbre, la charca...
Ya el nivel del cieno abarca
de horizonte en horizonte:
¿no habrá un arménico monte
ni una salvadora arca?
Ah, sí!... Ya los contemplamos
Burlar la sucia marea:
¡salve al trabajo, que crea!
¡salve al obrero, sin amos!
De una floración de ramos
llena el trabajo al desierto,
y del pobre arenal muerto
saca la arteria de vida
¡Ve á él, nación abatida,
Con el corazón abierto!
Es hora ya... Todo agite
su aliento, de vida oleada:
¡te alzará él transfigurada
en el Tabor del desquite!
Que el músculo se ejercite
en la fecunda tarea
y que alce el vuelo la idea,
Como águila real, muy alto.
¡Ceda la valla al asalto!
¡la lobreguez, á la tea!
Que, seguro de su vuelo,
se eleve al azul el Arte,
y ondee su albo estandarte
en un ámbito de cielo;
cubra de lirios el suelo
la ensoñante poesía;
y recree la armonía
de la música sonora,
y de color una aurora
se esparza en la tela fría
Que la Industria eleve al cielo
sus blancos airones de humo
y arranque el dorado grumo
de las entrañas del suelo;
que el vapor, en raudo vuelo,
la opulencia traiga y lleve,
y el alambre—rayo breve—
la inquietud de las ideas.
De otras razas las preseas
den á nuestra alma relieve.
Y que la tierra morena,
removida por la azada,
brinde la espiga dorada
y la poma de miel llena;
que en la misma entraña plena
del bosque virgen, sonoro
se alce del trabajo el coro;
que ofrezca ya la montaña
los dones de su maraña,
de sus torrentes el oro.
Es hora ya.... Noble fiesta
de trabajo nos exalta;
es una aurora que salta
de entre una noche funesta.
Como en variada floresta.
ya muchas gemas apuntan:
si trabajo y paz se juntan,
romperán en flor y fruto.
En denso cielo de luto
ya algunas chispas despuntan.
Y bien! De una vez comience
del nuevo ideal la era:
despliéguese su bandera,
su ascua fulgurante inciense.
Vamos á él... Se condense
nuestro brío en su conquista:
ya no seamos la arista
que el viento arrastre ó el río.
Suceda el carácter frío
á la explosión imprevista.

Vamos á él... Él redime
de la traición del destino:
es una mentira el sino
para el carácter sublime.
El trabajo vida imprime
en la misma arca mortuoria
y en la más fúnebre historia
traza páginas de luz:
lábaro hace de la cruz,
de escombros saca la gloria.
El trabajo en su crisol,
restaurar puede los dones
de nuestros viejos blasones
que brillaron como un sol;
pintar puede un arrebol
en nuestro oscuro presente.
y en nuestra calma silente
vibrar un ritmo sonoro:
¡sacar la falena de oro
de larva gris, inluciente!

Que él impere. Y si es sombrío
el hoy, cual denso nublado,
de un porvenir sonrosado
deslumbrará el atavío.
Impere él... Y el desvarío
no alzará llama tras llama,
nunca incendiará su flama
de la honda paz el estambre.
¡No explosionará ya el hambre
del que oprime y del que clama!
Salve al trabajo!... De frente
marcha, Patria, á sus torneos:
armada con sus arreos,
encárate al siglo veinte.
Y, así armada, de repente
puedes en el Morro alzarte;
mas ¡ay! si á tu almo estandarte
el trabajo no incorpora,
de alguna sierpe traidora
las fauces pueden tragarte...

Francisco Mostajo.
Peruano.

Arequipa, 1900.

SECCIÓN MILITAR

RECUERDOS DE LA GUERRA

(Conclusión)

Sólo podía imaginarse el carácter de la pelea, por las prolongadas descargas de fusilería por un lado y el fuego graneado por otro, á la vez que por el ruido formidable que á intervalos se oía hacia un flanco, producido por las columnas de caballería que avanzaban resueltas para romper las líneas enemigas.

Hacía tres horas que el combate había comenzado. El adversario superior en número y en buenas posiciones luchaba con verdadero denuedo, logrando alcanzar alguna ventaja sobre nuestras fuerzas.

En la imposibilidad de poder reaccionar y contrarrestar el empuje enérgico de las líneas contrarias, el coronel, que con un valor frío y sereno contemplaba con satisfacción á su bizarra tropa batirse como leones, ordenó al clarín que tocara retirada, como único medio de poder salvar el resto de su pequeña columna que había cubierto de gloria al pabellón de la patria, en medio de esa admirable derrota.

Los soldados creciendo en ardor bélico, no habían oído la retirada tocada por el clarín de órdenes por repetidas veces, y hubo necesidad de exponer las vidas de los oficiales que, colocándose delante de los fusiles de sus propios soldados, obligaban á éstos á suspender el fuego é iniciar al mismo tiempo la retirada en orden, prestándose mutua protección las fracciones que abandonaban el terreno que habían disputado al enemigo.

La infantería en este orden, retrocedía en dirección de las caballadas para montarlas, movimiento que se efectuó con rapidez, merced á la caballería que concentrada ya, protegía con sus fuegos de á caballo, á nuestros soldados fatigados y desalentados.

Triste fué la retirada. En el campo quedaban los muertos y heridos, sin amparo, abandonados á la suerte, por decirlo así, después de haber cumplido como buenos su deber.

Los nombres de los héroes de ese día sus camaradas los recuerdan, lo mismo que los de aquellos que en medio de la contienda, recibieron la palma del martirio.

Al poco tiempo los trabajos de pacificación iniciados por un grupo de patriotas, tuvieron un feliz éxito, devolviendo la tranquilidad al país y el consuelo á las familias.

. . . . . .

En uno de los últimos días del año de tan funesta recordación, encontróse un soldado de nuestro batallón mientras paseaba por las calles de la ciudad, con un antiguo conocido, pariente de un camarada de cuerpo, quien sorprendido le dijo: « Ola, cuánto me alegro verlo con salud. » « Igualmente », contestó el soldado.

« ¿Qué sabe de mi sobrino? » preguntó el primero.

El interrogado que había sido un inseparable amigo del cual le pedía noticias, bajó la vista, y dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas y contestó: « murió en el combate, después de batirse como un león, á mi lado ».

Pedro Pérez,
Subteniente.

Montevideo, Julio 9 de 1900.

NOTAS DE REDACCIÓN

En el número próximo publicaremos un juicio crítico de nuestro director, Julio Herrera y Reissig, sobre « Huerto Cerrado », la última obra de Juan Zorrilla de San Martín.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la hermosísima poesía de Pedro J. Naón, uno de los primeros poetas de la República Argentina, y quizá el más delicado de la América del Sur.

« Agua-fuerte », que así se titula la diamantina filigrana con que nos ha obsequiado el distinguido escritor, muestra la etérea inspiración de un soñador excelso, aristocrático, original y misterioso, tan artífice como Rubén Darío y menos vago que Lugones.

La sensibilidad de Naón está fuera de toda medida. Su sentimentalismo es suyo y nada más. Nadie lo ha podido imitar. Sus alas de pájaro exótico, nunca rozan el suelo y diríase que están hechas de perfumes y rayos de luna. Su imaginación, á la par que poderosa, es extrañamente fantástica.

Sus estrofas ríen, cantan ó suspiran suavemente. Nunca llegan al sollozo, al grito ó á la convulsión.

Es ya un gran poeta en América del Sur, y con Jaimes Freyre, Ortiz y Lugones, marcha á la vanguardia de los cruzados modernistas, distinguiéndose, lo repetimos, por esa infinita delicadeza y esa media luz melancólica de que están llenos sus versos.

También llamamos la atención sobre la hermosa página de Francisco G. Vallarino, «La Marsellesa», que luce un estilo realmente delicado y eburneo, revelando el talento analizador y poético de este distinguido intelectual, vinculado á nosotros por el más estrecho lazo de amistad.

Es digno de mención especial—el hermoso cuento de Juan Picón Olaondo—« Las golondrinas ». Brillan en esa página regiamente descriptiva, un estilo de maestro naturalista, y un colorido lleno de esplendente vivacidad, que recuerdan al agudo observador y al poeta de imaginación feliz que se compenetra con la naturaleza y la hace hablar maravillosamente.